

Ugarte y Henríquez Ureña, contribuciones al porvenir utópico de Latinoamérica

Jorge Raúl Servian

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNaM

Resumen

En el segundo decenio del siglo XX dos pensadores latinoamericanos, Manuel Ugarte y Pedro Henríquez Ureña, promueven repensar el lugar de Latinoamérica y su relación con el mundo. En sendos ensayos de ambos pensadores se describen los factores que impedirían la concreción de la utopía. Herederos del arielismo, sus propuestas contribuyeron a la conformación de la identidad latinoamericana que más persistencia y difusión ha tenido.

Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de
la humanidad contemporánea.
Pedro Henríquez Ureña

Entre el primer y segundo decenio del siglo XX dos pensadores latinoamericanos, Manuel Ugarte y Pedro Henríquez Ureña promueven repensar el lugar de Latinoamérica y su relación con el mundo. Ambos describen en sus ensayos tanto los factores endógenos como los exógenos que impedirían la concreción de la utopía¹ –una nación latinoamericana unida– en la que su población disfrutara y tuviera acceso a los bienes materiales y simbólicos que le permitieran un desarrollo pleno. Herederos fundamentalmente de la faz espiritualista del arielismo,² sus propuestas contribuyeron con reconocidos tópicos en la conformación de la identidad latinoamericana –en abierta oposición a la América sajona–, algunos de ellos con fuerte pervivencia en los discursos latinoamericanistas durante todo el siglo XX. Para este trabajo abordamos *El porvenir de América Latina* escrito en 1910 por Ugarte y *La utopía de América* publicado en 1925 por Henríquez Ureña.

La conformación de una utopía para Latinoamérica

Ugarte y Henríquez Ureña pueden ser caracterizados siguiendo las afirmaciones de Davis (1985) como utópicos “realistas” que conocen y aceptan el problema básico de todas las sociedades que es la presencia de satisfacciones finitas expuestas a carencias ilimitadas. Por lo general en las utopías el problema de la satisfacción se resuelve mediante la moderación y el castigo de los individuos que no se atienen a las pautas comunales. En la utopía se observa un afán por contener los problemas sociales originados en problemas colectivos y en mostrar cómo se realiza.³

1 Podemos advertir a partir de las perifrasis con las que se refieren a sus utopías las concepciones que subyacen en ellas, por ejemplo Henríquez Ureña la designa como la “patria de la justicia” y Ugarte “síntesis de la verdadera humanidad”.

2 Este linaje puede rastrear en otros antecedentes como los señalados por Terán (2004): “Allí, en los Estados Unidos, impera lo ‘excesivo, recargado, desproporcionado’, y ese gigantismo solo merece el calificativo tomado de *La tempestad* de Shakespeare que, a partir de Renan, Darío y luego Rodó se difundirá para describir la civilización yanqui: ‘calibanesco’”. (Terán, 2004: 15). Entendemos que en ambos ensayistas no se perciben los otros dos rasgos del “arielismo” mencionados por Romero “su sentimiento minoritario, aristocrático y espiritualista...” (Romero, s/d: 68) referido en particular a la posición que adopta el mismo Rodó frente a la masa de inmigrantes.

3 Al respecto Davis señala: “La utopía es una operación de valores, un conjunto de tácticas para mantener el orden social y su perfección ante las deficiencias, por no decir su hostilidad, de la naturaleza y el capricho del hombre. El método del utópico no consiste en que desaparezca la discordia implícita dentro del sistema colectivo, como lo hacen los otros tipos de sociedad ideal, sino en organizar la sociedad y sus instituciones de tal manera que contengan los efectos de la dificultad. (1985: 47).”

Por lo general se idealiza la organización social pues, a través de la misma, se trata de resolver el problema colectivo, “mediante la reorganización de la sociedad y sus instituciones, por medio de educación, leyes y sanciones”. (Davis, 1985: 47).

Así Henríquez Ureña en la utopía que pergeña para Latinoamérica pretende la conformación de una sociedad ideal en la que:

Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía. (6)

También Ugarte, en el capítulo XXIII titulado “Las reformas sociales”, se explaya sobre las dificultades que presenta Latinoamérica en el campo social debido a su desequilibrado desarrollo económico que requiere del intervencionismo⁴ pues este permitiría proteger a los miembros más débiles. Él considera que debe atenderse más allá de las necesidades básicas:

La retribución del obrero no debe ser calculada según las necesidades de este, sino según la riqueza y los rendimientos de la producción. Al fijar un mínimo de salario habrá que tener en vista las exigencias superiores en lo que toca a distracción, limpieza, lectura y todo lo que ensancha la personalidad. (139-140)

Este intervencionismo del Estado priorizará la asistencia a los menos favorecidos socialmente con el fin de que todos los habitantes puedan satisfacer sus necesidades materiales básicas pero también las educativas y recreativas que favorezcan el desarrollo integral de su personalidad:

En un país culto todos los hombres deben tener, de un extremo a otro de su vida, la posibilidad de desarrollarse integralmente. La miseria, la vejez, las enfermedades, la orfandad y la falta de trabajo tienen que ser remediadas o suprimidas mediante socorros, pensiones, tutelas o seguros que establezcan una solidaridad tangible entre las diversas porciones de la nación. (141)

Ya en el origen de la palabra utopía se presentaba una homofonía, *ou-topia* (país de ninguna parte) y *eu-topia* (país de felicidad) y esta ambigüedad ha resistido disímiles intentos de simplificación. El uso y sentidos que le dio Moro a esta palabra fue transformándose con los siglos; Trousson (1994) destaca la fusión de una condición de irrealidad y la descripción de la felicidad del Estado moderno. La significación vinculada a una metáfora seudogeográfica es la más recurrente junto con la de “plan de gobierno imaginario, donde todo está reglado perfectamente para la felicidad común” (Trousson, 1994: 21).

En la segunda mitad del siglo XVIII surge con fuerza el carácter negativo de irrealidad, de imposibilidad. La condición peyorativa del término toma fuerza en las primeras décadas del siglo XIX y se aplicará en particular a los distintos socialismos. Solo a fines de ese siglo y particularmente a lo largo del XX se presenta un esfuerzo de valorización del término no exento de vaivenes. Trousson señala la importancia de la obra *Ideología y utopía* de Karl Mannheim que entiende como “ideología” las ideas del sistema dominante, de los grupos de poder, ejerciendo una función estática, conservadora, mientras que la utopía representaría el pensamiento de aquellos que dan una respuesta de oposición al sistema vigente. Así la utopía “deviene naturalmente dinámica

4 Esa intervención del Estado acercaría a Ugarte a una posición de utopismo más revolucionario para su contexto histórico, de acuerdo con las afirmaciones de Macías Rodríguez: “Las utopías renacentistas son proyectos, anticipaciones de lo posible, de una realidad que no existe pero que puede existir. En la utopía renacentista, lo que carece propiamente de lugar, de *topos*, es la acción, el esfuerzo práctico transformador. Y el utopismo revolucionario teórico y práctico, a diferencia del reformista, quiere la nueva sociedad a partir de un acto total y definitivo: la revolución. El utopismo, con su doble faz -reformista y revolucionaria- se presenta como un hecho histórico en el proceso práctico y real de la lucha por una nueva sociedad...”. (Macías Rodríguez, 2002: 16)

y progresista, es una esperanza, signo de una mutación nacida del diagnóstico producido acerca de la situación social y económica”. (Trousson, 1994: 23).

Hay que destacar que para el contexto de las utopías vigentes en su tiempo, Henríquez Ureña levanta una voz disonante pues apuesta a traspasar los límites de las mismas, y aunque les reconozca una fuerza vital para ese momento histórico, él considera que no pueden limitarse a lo económico:

Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, solo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos. (7)

Al respecto Pasquaré⁵ señala una característica compartida por muchos de los intelectuales de fines del siglo XIX y principios del XX, un retorno a los valores de la “espiritualidad” frente al avance del materialismo capitalista. Entendemos que el caso de Henríquez Ureña sería ejemplo de una pervivencia de la misma más allá de la segunda década del siglo XX. Como las utopías peligrosamente se habían ido cristalizando en meras soluciones socioeconómicas, insta a no ceñirse solo a ellas para recuperar la dimensión humana a la que otorga a lo largo de todo el ensayo un lugar preeminente:

Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, (...) (7)

Rescatamos desde esa visión transformadora de la utopía dada por Ureña, el comentario de Baczko sobre la forma en la que Mannheim redefine a la utopía:

no está vinculada a ninguna forma de precisa expresión literaria; es una visión global del mundo, la manifestación de una dimensión esencial de la conciencia histórica. La utopía marca el conjunto de la cultura de una época; constituye un factor esencial de todo movimiento de masas y de todo radical cambio histórico y social. (Baczko. 1999: 76)

Por otra parte, también Paul Ricoeur retoma algunas características de la utopía señaladas por Mannheim:

Puede esencialmente realizarse. Esto es significativo porque va contra el prejuicio de que una utopía es un mero sueño. Una utopía destruye un orden dado y solo cuando comienza a destruir ese orden dado se trata de una utopía. (Ricoeur, 1997: 292)

Es quizás para responder a ese prejuicio que ubica a la utopía en el plano del sueño inconcretable, que Ugarte concluye el ya señalado capítulo XXIII con las siguientes palabras:

5 Nuestro punto de partida será concebir que la cuestión de las invitaciones y visitas formaban parte de las actividades que el nuevo tipo de intelectual estaba teniendo como profesional de las letras. Es bueno recordar que hacia fines del siglo XIX, muchos de estos escritores estaban imbuidos de un rechazo profundo al Positivismo y buscaban diferenciarse de los valores de la sociedad capitalista, reivindicando la espiritualidad, la imaginación y el esteticismo. “Estrechar vínculos con aquellas naciones con las que compartían una tradición, una raza, una lengua”, “demostrar la fuerza espiritual de la tradición hispana frente al poderío material anglosajón” y asimismo, recoger otras experiencias de progreso y modernización formaban parte de una representación idealizada del destino nacional que comenzó a instalarse en el pensamiento de americanos y españoles, alimentada también por la coyuntura finisecular de la celebración del IV Centenario, la derrota del '98 y los procesos de construcción nacional en el que los casos americanos estaban inmersos (Pasquaré, 2000: 282-283).

Una nación se fortalece en proporción del bienestar que acuerda a sus clases laboriosas; pero estas solo consiguen ese bienestar a condición de contribuir al progreso de la nación en que actúan. En esta reciprocidad habrá que buscar mañana las inspiraciones de una política serena que atenúe los roces y facilite la realización progresiva de los ensueños de hoy. (Ugarte: 145)

Asimismo, Henríquez Ureña apuesta a recuperar una idea clásica sobre la utopía y descartar las visiones peyorativas de ella, pues en esa lucha dicotómica entre espíritu y materia la utopía es la mejor de las creaciones espirituales heredadas por los latinoamericanos.

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran antecesor. (Henríquez Ureña: 6)

La utopía supone la voluntad de construir, en fase con la realidad existente un mundo otro y una historia alternativa, ella se revela esencialmente antropocéntrica en la medida en que como creación humana hace del hombre el dueño de su destino.

Estos intelectuales son conscientes de que Latinoamérica por la especificidad desde su origen, debe tener un proyecto diferenciado al de la América sajona. Así la utopía para Latinoamérica no puede basarse solo en lo material, aunque los “delirantes del industrialismo” lo pretendan. De todas maneras nuestra América, a la hora de demostrar su capacidad constructora en diferentes campos económicos, está en igualdad con los EE.UU. Será en otros campos menos tangibles donde se diriman las batallas esenciales:

Me fundo solo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo, y no la fuerza militar o el poder económico. (Henríquez Ureña: 6)

Aunque el contraste sea fuerte entre los poderes militares y económicos y el espíritu, este último supera ampliamente a ambos a pesar de la aparente superioridad de los primeros. Con esta argumentación Latinoamérica vería compensado su atraso en lo material y es reubicada en una posición privilegiada para la concreción de reformas sociales que superen lo meramente económico.

Nuestra América y la otra

En los dos ensayos analizados aparece una de las constantes en el discurso utópico latinoamericano que es el principio de su unidad, que es constitutivo de toda definición de la identidad cultural de Latinoamérica,⁶ que es percibida y representada como una, a pesar de su diversidad. Ambos ensayistas coinciden, así Ugarte dice:

Las desviaciones de detalle que advertimos entre los nacidos al borde del Plata o al borde del Orinoco, entre los que miran al Pacífico y los que se bañan en el Atlántico... no interrumpen la armonía y la homogeneidad del conjunto. (Ugarte: 40)

En otras palabras también Henríquez Ureña insiste e ironiza sobre quienes niegan esa verdad irrefutable para él y se apoyan en una visión peyorativa de la utopía:

6 Pasquaré señala precisamente como estos principios sirven de fundamentos para sostener la idea de una gran nación latinoamericana, que no está exenta de detractores: El mensaje de Ugarte a favor de una unidad continental construida a partir de los antecedentes étnicos y culturales que el alma española había dejado en sus antiguas colonias y en contra del expansionismo angloamericano, encontraría tanto respuestas a favor como múltiples resistencias. (Pasquaré, 2000: 302). Cf. también el estudio preliminar de Jorge A. Ramos que da cuenta de la recepción de *El porvenir de América Latina* y los opositores a las ideas de Ugarte.

Si se quiere medir hasta dónde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con flecha destructora, una utopía. (Henríquez Ureña: 10)

A la par de la lucha por la unidad subcontinental, se van definiendo sus características específicas y diferenciadoras, e incluso se advierte sobre los riesgos de limitarse a emular lo hecho por otras naciones que no contribuyen a mejorar la condición humana:

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. (Henríquez Ureña: 10-11)

Para sostener esta argumentación toma en consideración el caso particular de los EE.UU. y cómo de ser la primera utopía en concretarse efectivamente, a causa de la degradación provocada por la opulencia, deviene en una antiutopía (recordemos que esta afirmación la hace en 1925):

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra –así lo creyeron los hombres de buena voluntad– fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías (...) el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza, la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo. (Henríquez Ureña: 10)

De la misma manera Ugarte resalta las características contrastantes de las dos Américas defendiendo las propias de la América latina.⁷

Los Estados Unidos, formados por una acumulación de gentes frías y razonadoras, se han desarrollado de acuerdo con su origen, haciéndose una originalidad de la vida febril y del industrialismo desbordante. La América del Sur, donde predomina el elemento latino ha tomado otros rumbos, que no son ni superiores ni inferiores, que son simplemente diferentes. Tengamos la audacia de cargar con el pasado y confesar lo que somos. (Ugarte: 42)

Ugarte y Henríquez Ureña denuncian a quienes se valen de artilugios retóricos para presentar a los EE.UU. como garantes de nuestra libertad y modelo a imitar, en un explícito posicionamiento antiimperial que devela las nuevas tácticas para sojuzgar a los países latinoamericanos:

Al llegar el siglo XX, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces solo en la red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su propia vida –en ocasiones como ocurre en la Argentina, con

7 Sobre este aspecto del programa de Ugarte, Pasquaré afirma que: "la campaña de Ugarte sin duda fue ejemplificadora de esta operación de identificación y a la vez de distinción entre ambas partes del Continente. Este autor acusaría a los anglosajones por su tendencia a la penetración violenta en los asuntos privados de las naciones americanas independientes, por su desmedido materialismo y explotación despiadada de los recursos naturales, reservando a los pueblos de tradición hispana una natural proclividad hacia la dubitación y la debilidad moral, hacia el idealismo y el humanitarismo que frecuentemente los inhabilitaba para sistematizar un programa conjunto en respuesta al avance anglosajón." (Pasquaré, 2000: 306)

esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida nacional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente: por falta de ella no se ha sabido evitar la absorción enemiga; por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera. (Henríquez Ureña: 9)

En este sentido, como ya lo señalamos al inicio del trabajo, retoman la perspectiva del *Ariel* de Rodó e insisten en las diferencias de las dos Américas, basadas fundamentalmente en la antítesis riqueza material versus riqueza espiritual. Henríquez Ureña interroga a los lectores y apela a la autoridad del ensayista uruguayo, a quien eleva a la categoría del último apóstol latinoamericano para reiterar el peligro que se cierne sobre nuestra América.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fue oída; con todo, ella no ha bastado, para detenernos en la marcha ciega. (Henríquez Ureña: 10)

También Ugarte insta a que reconozcamos dichas diferencias, las que nos hacen distintivos y están presentes desde nuestro inicio como pueblos y son la base de nuestra superioridad moral. Podemos percibir que esta superioridad moral de Latinoamérica Ugarte la funda en una mirada algo complaciente, sobre todo si consideramos los ejemplos que da para fundamentarse y el contraste que perdura aún hoy de exclusión de amplios sectores indígenas para mencionar tan solo una de las atenuaciones: no hemos apriscado a las razas... hemos fraternizado con las razas aborígenes... no se ha suscitado sociedades de ku-klux-klan... (Ugarte: 43)

En el juego antitético del que se valen ambos ensayistas para caracterizar a las dos Américas, aparecen explicitadas las características negativas de los EE.UU. como hemos observado en ejemplos ya citados, mientras que aquellas que se les han adjudicado a la América latina son desmontadas a partir de la ironía y la deslegitimación de los enunciadores.

Los optimistas que se niegan a admitir la incompatibilidad de intereses entre las dos Américas y persisten en afirmar que los Estados Unidos son fieles guardianes de nuestra libertad, acentúan los defectos del alma latina, que por ser demasiado entusiasta solo percibe a menudo lo muy visible, y se desinteresa de lo relativamente remoto... (Ugarte: 64)

Uno de los aspectos que es tomado como debilidad de Latinoamérica es su ascendencia española. Frente a dichos ataques ninguno de los dos ensayistas reniega de nuestras raíces españolas, más bien alineados en el hispanismo⁸ rescatan y hacen hincapié en los valores heredados:

Nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas a medias. España fue la cuna y el brazo de la nacionalidad. Somos sus hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cerca de nuestro corazón. Claro está que esto no obliga a cultivar sus errores. Amar a España no es querer que siga siendo como es, sino desear que sea como debe. (Ugarte: 44)

Por su parte, Henríquez Ureña replica a aquellos que tachan a España de indisciplinada, “y de paso a todos los países de América que hablan español” (14). Para él las cosas han cambiado y

8 No debemos pasar por alto que los dos hacen un reconocimiento de todos los componentes étnicos con que se conforma Latinoamérica. Tanto Ugarte como Henríquez Ureña mencionan los aportes de cada grupo y destacan que esta diversidad cultural es la verdadera riqueza de Latinoamérica, sobre todo cuando está integrada constituyendo así “la raza del porvenir”. Cfr. Ugarte pp. 39-50.

afirma que “Hoy las cosas son bien distintas: España nos da constantemente ejemplos de esfuerzo disciplinado, particularmente en el orden de la cultura.” (14) Y destaca que en 1898 España “hace de su derrota una victoria, renace el fénix, y grado a grado surge el espíritu nuevo de una España más pura y más severa.”(17) Y ese resurgimiento español solo se explica “como fruto de disciplina, de largo ejercicio espiritual practicado en silencio.” (17)

Insiste Henríquez Ureña en que en la obra de confraternidad hispánica: “todos debemos unir nuestro esfuerzo, para que la comunidad de los pueblos hispánicos haga, de los vastos territorios que domina, la patria de la justicia universal a que aspira la humanidad.” (17)

La utopía a la que se refiere Henríquez Ureña no encierra a Latinoamérica sobre sí misma, no es una utopía “insular” sino que pretende ubicarla en una línea directa como legítima sucesora de la tradición occidental, la repositona estratégicamente en el mundo:

Tenemos el derecho –herencia no es hurto- a movernos con libertad dentro de la tradición española, y, cuando podamos, a superarla. Todavía más: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. (Henríquez Ureña: 53)

Más allá de la utopía

La intención utópica de estos ensayos aparece subrayada por esa distancia entre lo imposible absoluto que ha puesto en evidencia la frustrada unidad continental a partir de las revoluciones independentistas en Latinoamérica. En la primera mitad del siglo XX circularon y fueron recepcionados con especial interés en toda Latinoamérica porque cumplían, desde nuestro punto de vista con lo que Baczko postula para las utopías:

... ganan en “realidad” y en “realismo” en la medida en que se inscriben en el campo de las expectativas de una época o de un grupo social, y sobre todo cuando se imponen como ideas-guía e ideas-fuerza que orientan y movilizan las esperanzas y solicitan las energías colectivas. (Baczko. 1999: 120)

Sin embargo, ambos ensayos con su fuerza utópica, orientada a transformar la sociedad latinoamericana se diluyen en el tiempo y no logran sostener de su parte el interés y las energías colectivas. Con cierta aprensión podemos considerar que los cambios en el escenario mundial a partir de mediados de la década de los 30 serían una posible causa del relegamiento⁹ de estos discursos.

Resulta útil volver a considerar a Macías Rodríguez, quien retoma lo expuesto por Adolfo Sánchez Vázquez en su crítica al utopismo y lo analiza desde una perspectiva científica a la que titula: “Once tesis no utópicas sobre la utopía”. En la quinta tesis Sánchez Vázquez enuncia lo indispensable que son las utopías en el desarrollo histórico de los pueblos más allá de su concreción:

Quinta. “El utopismo es un producto histórico necesario”. La determinación de la utopía por el presente y su relación inversa con el desarrollo histórico, hacen de ella un producto imaginario, pero no casual o arbitrario, sino históricamente necesario.(81) (Macías Rodríguez. 2002: 17)

Por consiguiente, retomar las palabras de Ainsa (1999) sobre otros discursos utópicos de nuestro subcontinente, nos permite dimensionar la función utópica del discurso de Ugarte y Henríquez Ureña referido a la unidad de Latinoamérica y sus tensiones:

surge, pues del desfase existente entre la circunstancia histórica y política de su formulación y la

9 Cfr. Pita González, pp. 253 -257 en las que desarrolla el proceso de cambio de los intelectuales del hispanoamericanismo al panamericanismo hasta desembocar en el interamericanismo.

dificultad práctica de su aplicación, es decir, de la tensión resultante entre el ser de la realidad y el deber ser de la idealidad. (Ainsa, 1999: 206)

Debemos destacar que ambos ensayistas en sus utopías incluyen de un modo visionario la distopía en la que aquella podría transformarse, por lo que advierten sobre el riesgo de que Latinoamérica, la “magna patria”, una vez lograda su unidad y convertida en una nación poderosa, reproduzca modelos de injusticia y explotación:

No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud (...) Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple “la emancipación del brazo y de la inteligencia”. (Henríquez Ureña: 11)

Hasta la fecha esta propuesta de unidad de Latinoamérica ha quedado obturada o no ha podido concretarse, por lo que los discursos de Ugarte y Henríquez Ureña –muchas veces de circulación azarosa según los contextos históricos-culturales– con su fuerte carga de idealismo pueden ser leídos como enunciados utópicos.

Indudablemente estos dos ensayistas siguen contribuyendo desde sus discursos a que pensemos un porvenir diferente para esta parte del mundo que ha sido considerada durante siglos como el espacio utópico por excelencia. También la fuerza utópica que pervive en sus discursos nos mueve a interrogarnos sobre los reiterados fracasos en las utopías emprendidas por los latinoamericanos durante el siglo XX.

Quizás las siguientes palabras de Henríquez Ureña, en las que también se advierte su carácter de utópico realista, sean una alentadora primera respuesta:

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores. (Henríquez Ureña: 11)

Bibliografía

Corpus

Ugarte, Manuel. 1953. *El porvenir de América Latina*. Ramos, Jorge A. (est. prel.). Buenos Aires, Indoamérica.

Henríquez Ureña, Pedro. s/f. *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Bibliografía crítica y teórica

Ainsa, Fernando. 1999. *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires, Del Sol.

Azaña, M. 1920. [Comentario bibliográfico] a *El porvenir de la América española*, en *La Pluma*. Madrid, N° 4, septiembre.

Baczko, Bronislaw. 1999. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Davis, J. C. 1985. *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa 1516-1700*. México, FCE.

Funes, Patricia. 2006. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires, Prometeo.

- Macías Rodríguez, Claudia. 2002. "Utopía y profecía del Nuevo Mundo en el exilio republicano en México", *Especulo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en Internet: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero20/utopia.html>
- Pasquaré, A. 2000. "Del Hispanoamericanismo al Pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes", *Revista Complutense de Historia de América* 26: 281-306, Madrid.
- Pita González, Alexandra. 2004. "La discutida identidad latinoamericana: Debates en el Repertorio americano, 1938-1945", en Granados García, Aimer y Marichal, Carlos (comps.). *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (Siglos XIX y XX)*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- Ricoeur, Paul. 1997. *Ideología y Utopía*. Barcelona, Gedisa.
- Romero, José Luis. s/d. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Nuevo país.
- Sarlo, Beatriz. 1988. *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Terán, Oscar. 2004. *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI/Fundación OSDE.
- Trousseau, Raymond. 1994. "Utopía y utopismo", en Fortunati, Vita (comp.) *et al. Utopías*. Buenos Aires, Corregidor.

CV

JORGE SERVIAN ES LICENCIADO EN LETRAS, EGRESADO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES.
SE DESEMPEÑA COMO JTP EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA LATINOAMERICANA I.
